

TANIA PADILLA



UN
SECUESTRO
RARO

I PREMIO **LOÑO** DE NOVELA **JÓVENES** ESCRITORES
GRAN PARA

algaida



Un jurado presidido por Javier Reverte y compuesto por Ángel Basanta, Berna González Harbour, Montero Glez y Fernando Olmeda designó a la novela *Un secuestro raro*, de Tania Padilla, ganadora del I Premio Logroño de Novela para Jóvenes Escritores, convocado por el Ayuntamiento de Logroño, la Fundación Caja Rioja y Algaida Editores (Grupo Anaya).



Diseño de cubierta: masgrafica.com

Primera edición: 2016

© Tania Padilla, 2016

© Algaida Editores, 2016

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9067-481-9

Depósito legal: SE. 357-2016

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

PRIMERO.....	17
SEGUNDO.....	31
TERCERO.....	47
CUARTO.....	65
QUINTO.....	89
SEXTO.....	103
SÉPTIMO.....	125
OCTAVO.....	131
NOVENO.....	155
DÉCIMO.....	181
UNDÉCIMO.....	195
DUODÉCIMO.....	217
DECIMOTERCERO.....	225
ANTEPENÚLTIMO.....	235
PENÚLTIMO.....	247
ÚLTIMO.....	249

Las ideas que dieron origen a esta historia vinieron a mí como soplo divino en el convento cordobés del Corpus Christi. Esta historia siempre le deberá a aquella casa el tiempo para las musas y el trabajo: la felicidad de una verdadera habitación propia. Gracias a la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores por aquellos meses entre los años 2004 y 2005. En efecto, te puse como un sello sobre mi corazón.

*A Jovi y Pipo, imprescindibles,
porque sus vidas, como las nuestras,
no tienen ningún sentido*

*Y es como es,
ni sí ni no,
ni tu yo ni mi yo,
ni dos sin tres,
ni lucha ni armonía
de contrarios...
Sino todo lo contrario,
como ves.*

«Todo lo contrario»,
LUIS EDUARDO AUTE

SEBASTIÁN: *Te lo ruego, exhala tu tontuna en otro sitio. No nos conocemos.*

FESTE: *¡Que exhale mi tontuna! Este le ha oído la expresión a alguien importante y ahora se la aplica a un bufón. ¡Que exhale mi tontuna!*

Noche de Reyes, WILLIAM SHAKESPEARE

*¡Uh, ah! Las chicas son guerreras.
Jugar con ellas es como manejar
la nitroglicerina.
Tienen más vatios que una nuclear
y no son tan dañinas.*

«Las chicas son guerreras», COZ

La estupidez siempre insiste.

ALBERT CAMUS

PRIMERO

LA AGRESIVA TORMENTA QUE SURGE HACIA LA MITAD de la tarde solapa la bandera de España con la pulcra órbita de estrellas de la señera europea. Al juntarse las dos telas allá en lo alto de sus mástiles, se forma un apátrida arcoíris en el que no reparan los organizadores del acto cuando se bajan de los blindados coches al amparo de sus vencidos paraguas. Entretanto, los cipreses que rodean el Parador Nacional de La Arruzafa, antiguo palacete de verano de Abderramán I, donde se celebra el evento, se dan besitos cortos, sin lengua, en un vaivén que la ventisca hace desaforado.

Como en el siglo XXI todo se convierte en utilitario y prosaico, la antigua almunia cordobesa de Al-Rusafa —en árabe, «jardín de las palmeras»— ahora ocupa su discreto lugar en un buen puñado de webs de reserva *on-line* de hoteles, y el que en su día fue su suntuario Salón de Recepciones, ahora acoge multitudinarios mítines políticos. Precisamente hoy se celebra uno de ellos en su interior. El PMC (Partido Monárquico Conservador) ha alquilado el

legendario enclave para arengar a sus votantes con vistas a las próximas elecciones generales. Aurelio Ruz, que pretende recoger el testigo de su anciano padre, actual presidente del Gobierno, se esmera en su discurso mientras, de cuando en cuando, levanta hacia los asistentes un esbelto índice de uña roma.

—Bajaré los impuestos, velaré por vuestra seguridad, blindaré la Constitución. Tres objetivos, señoras y señores: disminuir los impuestos, asegurar al ciudadano, preservar la Constitución. Tres prioridades sobre mi mesa de trabajo, amigos, amigas... El PMC es garantía de mejora fiscal, de protección y de democracia. ¡Que se atreva la Oposición a decir lo mismo! Seamos sinceros: basarse en un programa alejado de nuestra sería, responsable e impecable trayectoria política es un insulto para el gobierno de nuestro país. Seamos realistas, compañeros, España es otra, otra mucho mejor que la de hace ocho años. Y esta España es nuestra porque nosotros la hemos forjado, ¡y nos sentimos orgullosos de ella!

Los aplausos, irracionalmente efusivos, no dejan mosca viva entre los presentes. Cuando Aurelio Ruz levanta el folio que contiene las palabras que acaba de soltarles a los asistentes para dejarlo en el montón de las cosas ya dichas, un anciano se alza de su asiento en primera fila.

—¡Se acabó! ¡Yo ya no aguanto más!

Después de varios improperios y un persistente murmullo, el público se calla para escuchar las razones del viejo. El señor Ruz suda y saca del bolsillo de su pantalón un paquete de pañuelos.

—Verán ustedes... —empieza a hablar el sublevado—. Mi nombre es Eulalio Estero. Yo soy filósofo, pero llevo al servicio del padre de don Aurelio Ruz, don Casimiro, y luego del propio don Aurelio, la totalidad de mi carrera... Y ya basta, ¡demonches! Desde niño había soñado con escribir tratados, sumas, manifiestos... ¡Y el caso es que me veo hasta la tumba haciendo discursitos!

Dicho esto, el señor Estero se atusa la corbata florida que le cruza el pecho y carraspea un par de veces. El político lo mira con condescendencia desde su estrado.

—¿Y cuál es en concreto su reivindicación?

—Pues exactamente no lo sé... Supongo que solo quiero que usted conozca mi descontento. Necesitaba compartir mi frustración, expresar en público mi ira. Lo cierto es que no me siento laboralmente valorado.

—¿Quiere dejar su trabajo entonces?

—Es posible. Aunque supongo que afrontar la jubilación es más duro que vivir humillado.

—Entonces tenga la amabilidad de sentarse de nuevo.

Ruborizado, el hombre se sienta y baja la cabeza. En ese instante dos lágrimas le brotan de los ojos y se estrellan contra su bragueta.

—Pero no llore, señor Estero. No llore, que me parte el alma.

Entre los presentes se extiende un nuevo murmullo admirado, esta vez pesaroso, y una señora mayor de pelo encofrado le tiende al filósofo un pañuelo de papel que este enseguida declina enseñándole el suyo de tela. Su llanto se hace cada vez más profuso, y en su amago de si-

lencio le brotan de la boca unos hipidos que remueven a los asistentes en sus asientos.

—A ver, Eulalio —dice el señor Ruz bajando del escenario y aproximándose meloso a su empleado—, ¿no ve usted que su discurso está gustando? —y dirigiéndose a los asistentes—: Señores, ¿les está gustando el discurso que me ha escrito el señor Estero?

Los presentes, deseosos de ayudar, aúnan sus voces de manera muy coordinada:

—¡Síiiiiii!

—¿Ve usted? —le dice el candidato presidencial a Eulalio echándole un brazo por los hombros—. Suba conmigo al estrado, haga el favor.

Ambos hombres suben al estrado y Aurelio vuelve a dirigirse al público:

—¿Ven ustedes a este hombre? No se siente valorado tras una vida dedicada al estudio y al trabajo. ¿Qué hacemos? ¿Cuál es nuestro deber como ciudadanos hacia su persona? ¿De qué manera podemos compensarle una vida entera de entrega a la comunidad? Amigos, amigas... Hablemos de las pensiones.

Después de una perorata de casi media hora durante la que el filósofo, sonriente, permanece al lado del político, el anciano es mandado de nuevo a ocupar su asiento. En ese instante las suelas de tres pares de botas rompen el cristal de uno de los ventanales y tres soldados franquean el reciente vano llenando el habitáculo de un ensordecedor estruendo. El público, sobrecogido, analiza con inquietud a los tres militares barbudos que, tras dar unos torpes pasos sobre la alfombra que cubre el suelo, se des-

abrochan los arneses dejando todo cubierto de sogas como serpientes.

—¡Que nadie se mueva de su asiento! —grita el que parece el cabecilla.

Los asistentes, confundidos, sonríen con una actitud escéptica que se ensombrece cuando vislumbran vigorosas armas blancas en las perneras de los recién llegados.

—Así me gusta... Calmaditos todos —dice el cabecilla descubriendo un subfusil.

El señor Ruz se mantiene en pie ante el micrófono del atril. Americana abierta, camisa mojada, corbata al viento. Desafiante hasta el extremo, clava una mirada iracunda en el que manda, resopla contra el silencio tres veces y frunce el ceño en un primitivo gesto de liderazgo.

—Buenas tardes, señor Ruz —lo saluda con una educada inclinación de cabeza el líder de la milicia.

—Noches ya... —dice el político mientras rota la muñeca un cuarto de vuelta cegando a los presentes con los destellos dorados de su Lotus de dieciocho quilates—. Son ya las nueve y cinco.

—La hora es lo de menos.

—¿Quién es usted? ¿Tiene nombre mi enemigo?

En ese instante, impulsada por el vientecillo que entra por la cristalera rota, cruza el salón una bolsa de plástico satinado con el logotipo del PMC.

—Yo soy una célula anónima. Cobro sentido junto a ellos —dice el militar volcando hacia atrás sendos pulgares—. Somos «Los Furias Rojas» —prosigue—. Y luchamos por la consecución de tres objetivos: la dictadura del proletariado, Córdoba sede olímpica 2024, y el embalsa-

mamiento *post mortem* de nuestro paisano Julio Anguita. ¡Aúpa Anguita!

—¡Aúpa! —corean sus compañeros desde la retaguardia.

Ruz sonrío aliviado.

—Coincidimos en todo menos en las formas... y el embalsamamiento —apunta distendido—. Yo no concibo otra manera de confrontación que el diálogo. La frontera entre izquierda y derecha es ya cosa de otro tiempo.

En ese instante el líder de «Los Furias Rojas» corre vertiginoso hacia el político, sube al escenario de un salto y le propina un puñetazo en la nariz. La sangre enseguida le pinta de rojo la boca, la barbilla, la pechera, las manos, que no logran frenar la fatal cascada. Iracundo, Aurelio alza el dedo índice y el corazón y se abalanza con ellos por delante contra los ojos del militar, donde impactan con un ruido viscoso.

—¿Qué haces, imbécil? —brama el cabecilla; y enseguida, parpadeando con fruición—: ¡Que no veo! ¡Que no veo! ¡¿Qué hago yo ahora?!

—¿Que qué haces? —pregunta retórico Ruz—. Admite como ciego lo que no supiste reconocer como hombre. Conviértete y ve en paz, amigo. Levántate y anda.

—¿Que me convierta? ¿Al PMC?

—Abre tu entendimiento a la Verdad y serás libre. Y si te afeitas, mejor, que la barba castrense que llevas te resta aerodinámica a la hora de echar el vuelo.

—¡No dejes que te ciegue, no dejes que te pierda, no dejes que te aparte de nosotros! —aconsejan a coro, tímidos, desde la distancia, sus impotentes compañeros.

—¡Energúmenos! —les grita don Aurelio.

—¡Hijoputa! —se defienden ellos.

El líder de «Los Furias Rojas» alza el cuello con dignidad y se dirige a sus compañeros:

—Excamaradas, lo siento pero ya es tarde... —Y volcando ahora una adepta mirada sobre Aurelio—: ¡La luz se ha hecho en mi interior!

—Que así sea —afirma con gravedad el aspirante a presidente del Gobierno.

—No se preocupe que así es.

—¡No fastidies, hombre! —protesta uno de sus secuaces, el arma derrotada ya en uno de los flancos—. ¿Cómo derrumba un idiota en un instante la arquitectura ideológica de una vida?

—Eso mismo —afirma inquisidor el otro.

—Yo que sé, excamaradas. Si el primer sorprendido soy yo... Este hombre es pura seducción.

Aurelio se ruboriza al escuchar las palabras del excomunista, y cuando lo mira con otros ojos lo único repulsivo que sigue encontrando en él es la barba; escruta rápido la estancia y descubre junto a la puerta a una rubia de voluminosos senos y prieto uniforme turquesa.

—Señorita, si es tan amable... —la llama a través del micrófono mientras se seca la sangre de la cara con una toalla húmeda que le tiende uno de sus guardaespaldas.

La azafata no parece sorprenderse de aquella llamada y acude junto al político solícita y contoneándose.

—¿Podría traerme una maquinilla de afeitar? —le dice fuera de micro y bajito, para velarle al público la sorpresa.

La voluptuosa mujer asiente como si le hubieran pedido un botellín de agua o un posavasos, alinea las piernas y se pierde tras dos puertas abatibles. Con la salida de la azafata se hace un silencio que rompe al cabo el filósofo Estero, quien, tras abandonar su silla y adelantarse un paso, se dirige al público de manera espontánea.

—¡Levántense todos y aplaudan, que el PMC nos ha dado hoy nuevas esperanzas!

Más movidos por lo extremo de las circunstancias que por el convencimiento que los ha llevado allí desde la tranquilidad de sus hogares, los presentes se levantan impetuosos y aplauden hasta dañarse las palmas. Aurelio se acerca de nuevo al micro.

—Ahora siéntense de nuevo, señores —dice con voz autoritaria—, que el PMC los invita a todos a una copa de Rioja y a una degustación de quesos peninsulares.

Entonces don Aurelio alza la barbilla en dirección a la azafata que aún permanece en la sala, que pronto se da por aludida y va en busca de las viandas. En la puerta se cruza con la otra chica, que lleva en la mano una maquinilla de afeitar eléctrica. Recreándose en la parafernalia del gesto, Aurelio corta las barbas al antiguo jefe de los comunistas. Cuando acaba, el público aplaude efusivo, y espontáneamente vuelve a ponerse en pie. Al final, los dos militares comunistas y el filósofo son invitados a subir también al escenario, donde rodean a don Aurelio mientras saludan y se quitan las barbas, que en el caso de los adláteres eran postizas.

Acabada la representación, los asistentes se levantan ya completamente distendidos. La excitación por los acontecimientos últimos la mitiga el feliz desenlace, en el que

Aurelio explica que la sangre que hace un rato le cubría la cara era tomate frito. Pero en ese instante, un hombre anónimo corre entre el público y se precipita hacia el escenario con un grueso pincel en la mano. Los guardaespaldas de Ruz, atentos a las primeras bandejas con las copitas de vino, no son capaces de interceptar al agresor, que como una exhalación pasa a su lado en dirección al líder político. Segundos después, el candidato a la presidencia es embestido y derribado. El público, resabiado ya de tanta pantomima, tarda en cambiar la sonrisa por el terror, pero el verismo se hace evidente cuando todos ven el pincel hincado en el ojo de don Aurelio. El agresor no huye, y se dirige a los asistentes bajo la amenazante mirada de los guardaespaldas:

—Ya ven cómo la vida puede más que la ficción. Me había ilusionado con la irrupción de los comunistas, pero ya veo que ha sido todo un burdo teatrillo propagandístico... He atacado a este hombre con mi única arma: mi pincel de marta. Soy artista y me muero de hambre en esta España. Pero que conste que no soy el único. Amigos inmovilistas, sepan que tendremos un presidente del Gobierno tuerto, y que la culpa será de todos ustedes por haberlo votado.

Cuando el airado pintor concluye su intervención, extiende dócil los brazos y los dos guardaespaldas, comprendiendo el gesto de entrega, lo prenden. Cuando van a llevárselo, don Aurelio, a quien el filósofo ha sentado en una silla mientras llega una ambulancia, pide que le acerquen a su atacante. Sus sicarios obedecen y lo colocan ante él.

—Siento la agresión —le suelta el pintor antes de dejarle hablar—. Contra su persona no tengo nada. Lo he atacado a usted como símbolo... Mi nombre es Hipólito Viñas, para servirlo.

Aurelio lo mira desde abajo, y como lo ve agigantado, se amilana.

—Pero, ¿por qué me ha hecho esto? ¿Acaso no respeta la democracia?

—Yo no. Lo mismo que usted. Además, el pincel no le afectará en absoluto porque la ceguera ya la tenía de antes.

Ruz, haciendo un amago de levantarse que frena el tercer guardaespaldas, le grita:

—¿De antes? ¡Terrorista!

—¡Tirano!

—¿Tirano? ¡Gallina! Lo fácil es hincar... Apuesto a que ahora le faltan agallas para sacarme el pincel del ojo.

—Aunque me faltaran, no se lo sacaría. Sería absurdo. —Y, mirando a los guardaespaldas, que le mantienen las manos a la espalda—: ¿Y vosotros qué? ¿Habéis llamado ya a la policía? ¡Venga!

Uno de ellos asiente serio y pone el índice en el *pínganillo* de su oreja. Aurelio no desiste en su empeño de que lo alivien antes de que llegue la ambulancia. Mira alrededor y ve al filósofo.

—Y usted, Eulalio, ¿tiene agallas para sacarme del ojo este pincel?

—Sí, pero me da dentera.

—¡¿Que le da dentera?! ¡Acérquese y sáqueme el pincel del ojo o lo jubilo ahora mismo!

La amenaza amedrenta al filósofo, pero se queda en silencio un instante y deja que la animadversión hacia su jefe puge en su alma con el creciente ritmo de la levadura.

—¡Usted, lo mismo que su padre, es un idiota! —le espeta furioso.

Entre el público se levanta un murmullo de sorpresa que al señor Ruz le parece de aprobación. De pronto se piensa allí sentado, callado por la bofetada moral de su asesor ideológico, con el pincel en el ojo y media cara bañada en sangre, y se siente pequeño y débil. Suspira derrotado y, al dejar caer la cabeza hacia el pecho, se le dibuja una estrella fugaz en el ojo. No pide ningún deseo porque no es una estrella de verdad. El filósofo Eulalio, crecido en su exitosa rebeldía, se dirige ahora al público, que tímidamente mastica el queso y toma el vino que las azafatas sirven mientras llegan la policía y la ambulancia.

—Si os fijáis bien, y permitidme el tuteo, tratamos de convencernos siempre los unos a los otros como si cada uno fuera el único adalid de la Verdad. Como si la Verdad existiera... Disculpad que os diga que no sois más que un montón de dogmáticos individualistas. ¡Todos vosotros! Pero yo vuelo por encima...

Los asistentes, más atentos a la comida gratuita que a las palabras del experto, asienten maquinales. El filósofo continúa:

—¡Todos vosotros necesitáis ser sometidos al método socrático de *ironía mayéutica*!

—Eso es filosofía arcaica —apunta valiente uno de los guardaespaldas—. Después de Sócrates ha llovido bastante...

—Bastante sí, pero solo chirimiri. La finalidad del método socrático es extraer la Verdad que se halla oculta en el alma de cada uno de nosotros. La primera fase (*ironía*) consiste en someter al sujeto a una serie de preguntas para que se dé cuenta de la falsedad de todas sus ideas. La segunda fase (*mayéutica*) consiste en el alumbramiento de la Verdad Definitiva, esa que ahora todos ustedes, engañados, creen ya poseer.

—No me fío de sus palabras, anciano —dice una elegante señora entre el público—. Además, yo ya tengo mis ideas muy claritas.

Los demás asistentes afirman y murmuran que sí, que también ellos tienen claras sus ideas.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —los desafía el filósofo—. Apuesto a que os saco a todos del engaño con solo un par de preguntas.

—Por Dios, Eulalio, no me los siembre de dudas ahora, que estamos en plena campaña electoral —apunta cauteloso Aurelio.

Al filósofo se le ilumina la cara y se acerca al político frotándose las manos.

—¿Y si le aplico el método a usted? ¡Míreme a los ojos! —le insta—. Ahora mismo le saco la Verdad de sus entrañas y luego ya usted se encarga de amamantarla.

El político, escéptico, mira en silencio al filósofo tanto con el del pincel como con el ojo sano.

—Hagámoslo, venga. Será rápido —prosigue Eulalio—. ¿Qué le hace a usted pensar que el programa del PMC no es erróneo? Es subjetivo, parcial, no recoge las necesidades de la totalidad de la población, como bien nos ha hecho ver nuestro amigo el pintor.

El pintor asiente efusivo, jalonado por los dos guardaespaldas.

—¡Responda!

—Eh... Eh... Pues... Pues... Eh... Pues...

—Y ahora no nos conteste a nosotros, contéstese a usted mismo: ¿Se considera amante de los extremos en esta vida o tiene cierta tendencia al centro?, ¿le conviene lo periférico o apuesta más bien por la certeza de las dianas?

El filósofo aguarda, el político calla, y al rato concluye Estero:

—Su corazón es de centro, amigo, como el de Suárez.

Aurelio dilata su pupila y hace vibrar los pelitos del extremo del pincel. Se afloja la corbata, que de repente parece estrangularlo, y cuando baja el cuello en señal de sumisión, su pecho empuja el pincel, que se le adentra más en la retina.

—¡Ahora veo todo más claro! —afirma convencido mientras se levanta y extiende las manos hacia el auditorio.

Al escuchar las palabras del líder, el desconcierto se apodera de los presentes, que, movidos por una excepcional coordinación, se ponen en movimiento y huyen con fragor con la urgente intención de escapar a una reprogramación no deseada. En su desaforada huida, los asistentes colocan pies sobre manos y dedos en ojos, pero con ello no evitan amontonarse en la puerta como sardinas, donde aguardan impacientes a que la sucesión de empujones los conduzca hasta el aparcamiento. En pleno batiburrillo cínico, el pintor arruga la alfombra persa con sus mocasi-

nes de suela de ventosilla; los falsos militares huyen empleando el avance a ras de suelo que tanto habían ensayado pero que finalmente no se incluyó en la representación; los azafatos y azafatas dejan caer los platos de queso manchego y las copas de vino de sus temblorosas manos cuando ven la turba que se les aproxima. Todo es caos, malestar y ansia de fuga.

Instantes después, el Salón de Recepciones —sillas, queso, copas sobre la despeinada alfombra— parece haber sido arrasado por la explosiva ciclogénesis que se ha colado por la ventana rota. En el centro de la sala, bajo su hermosa cúpula de gallones, Aurelio y Eulalio se intercambian miradas cómplices. El filósofo se agacha con dificultad para recoger del suelo una botella a la que aún le queda vino. El político mira alrededor con su ojo bueno y pronto encuentra un par de copas de fino porte en un rincón. Las llenan y las levantan desde lo alto del estrado, sincronizadamente.

—Ya ve que la Verdad es bella como una rosa y a la vez solitaria como el andén de una estación abandonada.

—Fundemos un club, amigo Eulalio, y no admitamos a nadie como socio.

El filósofo acerca con distinción su copa a la de su jefe y del entrecuchar de ambas surge un poético chinchín.

—Por los despertares —afirma solemne el político.

Cuando dejan vacías las copas, vuelven a mirarse el uno al otro:

—Bueno —dice el filósofo—, ¿y ahora qué hacemos?

—No lo sé, Eulalio. Pero algo surgirá.